VISITA A UN CABARET

Autor: franciscomiralles
Categoría: Cuentos
Publicado el: 20/01/2017

Un domingo por la tarde a finales de los años 70, mi amigo Esteban influido por su bohemio tío materno a quien él veneraba puesto que en su adolescencia le había enseñado un sinfín de cosas, se dirigió a un célebre cabaret que se hallaba en la emblemática zona de Barcelona la Avenida de El Paralelo donde proliferaban toda suerte de teatros en los que se representaban desde siempre populares comedias musicales.

Cuando Esteban penetró en dicho local que tenía una ochocentista decoración, enseguida recordó con admiración que su fama se había extendido por toda Europa desde el siglo XlX, el cual había nacido con la pretensión de emular al Moulen Rouge de París, y cuyo tan sensual como desenfadado espectáculo constituía una válvula de escape a un sencillo público que estaba envuelto en las puritanas costumbres de antaño de connotaciones religiosas.

Pues se cuenta que en aquel teatrillo durante la Segunda República aparecían las vedetes completamente desnudas; a la vez que muchas de ellas al terminar su actuación alternaban con los ricos industriales que iban allí a "echar una cana al aire" y se hacían invitar por ellos a una copa que solía costar un alto precio, a cambio de darles algo de conversación, de dejarse

besuquear, y toquetear un poco. Luego las chicas regresaban a sus camerinos o se incorporaban al espectáculo habiendo suscitado la ilusión en sus admiradores de acostarse con ellos cuando terminase la función; cosa que sucedía muy de vez en cuando. Seguidamente al final de la jornada ellas cobraban una buena comisión por haber sabido hacer consumir al buen cliente.

Tras pasar el periodo de la Guerra Incivil, y al llegar los años 40 que era cuando el tío de Esteban había ido a aquel cabaret, la sociedad en general seguía estando encorsetada en una férrea censura estatal y la libertad de expresión brillaba por su ausencia. Debido a ello las alusiones al erotismo, al sexo por parte de las ingeniosas vedettes del momento se tenían que insinuar, se daban a entender con eufemismos de un modo velado, si se quería evitar que las autoridades cerrasen aquel sitio por un tiempo indefinido; entonces el sagaz espectador tenía que saber interpretar, leer entre líneas el mensaje, la doble intención libidinosa que subyacía en las expresiones aparentemente inocentes, dando lugar a que se le avivara la imaginación. Asimismo, el humorista homosexual hacía reír a las señoras bienpensantes que iban acompañadas por sus maridos y un grupo de amigos. Pues éste interpretaba un número picante haciendo exagerados gestos propios de su condición sexual con una voz afeminada y alambicada.

En aquel entonces este colectivo homosexual estaba bastante al márgen del denominador

común, el cual rendía una incondicional pleitesía, sobre todo el género femenino, a una cultura machista que partía de una tradición ancestral, según la creencia en un dios fálico y creador del que se derivaría la figura del héroe "sietemachos" al que ellas admirarían.

Pero la salsa del espectáculo del cabaret no eran los casposos números musicales con las coristas medio desnudas, sino la chispeante y punzante dialéctica que se establecía entre el público y el gay de turno quien era muy rápido de reflejos y tenía que tener el suficiente ingénio para dar respuestas cortantes como cuchillos afilados a cualquier palabra, o comentario soez que viniera del respetable.

Sin embargo el día que mi amigo Esteban fue al cabaret como aún le faltaban unas décadas para modernizarse, no pudo evitar de sentirse decepcionado. El espectáculo parecía aferrarse patéticamente a una mentalidad del pasado que en aquel momento sólo hacía gracia a familias que venían del medio rural, quienes a muchas de ellas el tiempo psicológico no transcurría nunca y vivían inmersas en una vieja tradición en todos los órdenes.

De manera que el hilariante diálogo con doble sentido que se producía entre la despampanante vedette y el supuesto actor gay en el que ella le preguntaba con rintintín: "¿No le gustaría regar mi jardin?" que había hecho reír tanto a nuestros progenitores no consiguió arrancar ni una sonrisa a mi amigo Esteban. A decir verdad la función le pareció que estaba salpicada por un humor rancio, trasnochado. Y en la misma medida la tramoya se le antojó decrépita.

Había sucedido que a pesar del afecto que Esteban sentía por su brillante tío, éste pertenecía a una generación que no tenía nada que ver con la suya; pues cada uno de nosotros somos hijos de nuestro tiempo histórico que nos ha tocado vivir, y ellos al igual que mucha gente y también algunos partidos políticos no habían reparado que estaban circunscritos al conceprto del filósofo grirego presocrárico llamado Heráclito que dijo hace ya hace miles de años que las aguas de un río siguen su curso, se renuevan constantemente y nunca son las mismas.

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: franciscomiralles
Más relatos de la categoría: Cuentos
Muchos más relatos en: cortorelatos.com